

tienen interes ninguno despues de haber sido vistas la de Cheops y sus dos compañeras. Su forma, aunque piramidal, no es enteramente igual á la de aquellas, pues las piedras que las componen están colocadas en gradería desde la base hasta la cúspide. Los huracanes han depositado grandes montones de arena sobre las graderías; de modo que, vista alguna de estas pirámides por un lado, presenta el aspecto de un caprichoso cono de arena levantado por el torbellino.

Era poco mas de la mitad del dia, y tanto mi dragoman como yo nos sentiamos agujoneados por el hambre. Por fortuna, en aquel momento llegamos á un lugar donde hay una miserable posada cuidada por un campesino que es á la vez el guardian-guía de los sitios curiosos circunvecinos. Bajamos de nuestros asnos y los encomendamos á la vigilancia del arriero.

Desdeñamos entrar en la posada, por ser de construccion reciente y sentirnos ávidos de antigüedad. Buscamos en el flanco de un montecillo de arena alguna cueva, de las que mi dragoman me aseguró que allí habia, y por fortuna no tardamos en encontrarla. Hallámosla, pues, y en tales condiciones, como mi ilusion misma no me la habia representado. Es una construccion egipcia formada por dos cámaras contiguas del tamaño y la altura de cuatro metros en cuadro, comunicadas por una puerta. El techo está formado por una sola y enorme piedra, y cada pared constituida asimismo por un gigantesco trozo monolito. Todas estas pesadas y enormes piezas están perfectamente ajustadas las unas á las otras en sus bordes por medio de muelas ó dientes, que se cruzan entre sí á manera de las tablas de una caja. De este modo el pueblo egipcio, con sus obras toscas pero sólidas, ha podido desafiar los siglos.

Dentro de este aposento secular, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, almorzamos Fortunato y yo, sentados sobre unas piedras, y haciendo servir de mesa otra piedra que por acaso á nuestro frente teniamos.

Entretanto que almorzaba, me preguntaba en mi interior cuál

seria el objeto de esta construccion singular. Hallábala demasiado pequeña para templo, demasiado grande para tumba, y harto monumental para ser una habitacion simple. Sin embargo, mas bien me sentia inclinado á tomarla por una tumba, porque sabia de antemano que estos sitios fueron fúnebres en lo antiguo. Sea de esto lo que fuere, la verdad es que me parecia muy extraño, y muy grande, y muy bueno, almorzar allí, bajo aquel edificio secular, dentro de aquel clásico recinto, habitado en otro tiempo por hombres ó cadáveres de un mundo tantos y tantos años distante del mio.

¿Quién habria de haberme dicho, cuando en mi infancia escuchaba con oidos atónitos las lecciones de historia del antiguo Egipto, de la boca de mi padre, y la descripcion de las soberbias necrópolis, que habria de llegar un dia en que hollara con mi planta esta gloriosa tierra, mirara con mis propios ojos sus monumentos y me acogiera bajo su abrigo para considerar todas estas cosas?

Concluido el refrigerio, vino á buscarnos el guía para invitarnos á hacer un paseo por los lugares vecinos. Sentíame agobiado por la pereza, así á causa de la comida reciente, como de la fatiga y el calor; pero como no tenia tiempo que perder, eché á andar en seguimiento del guía y de Fortunato.

Caminamos un cuarto de hora subiendo y bajando montecillos de arena, bañados por los rayos de aquel sol inclemente, sin tener otra perspectiva á nuestras plantas, arriba y en derredor, que los amarillos arenales y el cielo. Nunca mejor que entonces he comprendido cuánto es terrible el Desierto. Se camina, se camina, y no se sale de este suelo árido y triste, donde se avanza poco y con inmensa fatiga.

Los pasos de los que cruzan por aquí, no producen ningun ruido, y la inmensidad, unida al silencio y á la amarilla esterilidad de la extensa zona, es vivisima imponente imágen de la desolacion y de la muerte. ¿Cuál es el poder que puede ejercer el hombre sobre estos arenales inmensurables, en cuya extension inexplorada ni los anima-

les viven, ni las plantas crecen, ni la lluvia del cielo cae para mitigar el ardor de la sedienta tierra? El sér humano se pierde cual miserable insecto; sus fuerzas no le bastan para atravesar estas áridas soledades; grita, y su voz se apaga sin eco, á manera de débil quejido; y perdido, sin rumbo, sin auxilio, sin esperanza de socorro, en vano baja los ojos al suelo que no le ofrece medio de vida, y en vano los levanta hácia el firmamento que se extiende sobre él luminoso y flameante, como atmósfera de fuego.—

Llegamos á un descenso, y al fin de él nos encontramos al frente de una gran puerta que abrió el guardian. Este, Fortunato y yo, encendimos los cerillos que llevábamos á prevención, y con ellos en la mano, nos precipitamos en la oscuridad.

Estábamos en los cementerios del buey Apis.

Es una espaciosa galería subterránea, labrada en la roca en forma circular. Sobre ella se levantó, en la antigüedad, el famoso Serapio, del cual no queda ni un resto.

Al entrar en aquel subterráneo se siente calor sofocante, mucho mayor que el que despiden el sol en pleno Desierto. El aire, enrarecido por la alta temperatura, es apenas respirable. Algunas personas, y no pocas, no pudiendo soportar aquella atmósfera, sufren vértigos, y se ven precisadas á salir de allí bien pronto.

Por una y otra parte hácia los dos lados del muro, hay de trecho en trecho grandes candeleros de fierro blanco, sobre enormes bancos de madera.

El khédive acostumbra venir de tiempo en tiempo con algunos de su corte á hacer un paseo por este subterráneo. En circunstancia tamaña, se coronan de luces los candeleros, y el recinto consagrado á la muerte desde lo antiguo, y oscuro y solitario siempre, recibe un rasgo de vida. El ambulatorio es por otra parte de tal suerte ancho, que S. A. R. podría muy bien permitirse el lujo de recorrerlo en carroza, lo cual no causaría poco escándalo á los manes del buey Apis, que deben andar por este sitio vagamundos.

A pequeña distancia de la puerta de entrada, mirase por ambos lados del camino una serie de cámaras cuadrangulares que tienen el piso mas bajo que el ambulatorio. En cada una de ellas hay un enorme sarcófago, monolito, de mármol, granito ó pórfiro. Hé aquí las tumbas del buey Apis, imágen del dios Osiris.

Visité el interior de un sarcófago: para subir á la parte superior, hubo menester una escalera, y para bajar al fondo me serví de una mesa que habia dentro por acaso. La tumba es de tal manera espaciosa, que pude pasearme á lo largo de ella, como en un pequeño aposento, y puesto de pié, mi cabeza no sobresalía de la entrada.

Al salir de la tumba, que es una enorme caja cuadrangular de pórfiro, le eché una ojeada por el exterior. Sobre sus cuatro superficies hay grabadas figuras de animales sagrados, y muy especialmente una serie de ibis. La ornamentacion está simplemente indicada con profundas rayas. Allí pude conocer los primeros intentos de la arquitectura griega. Si sobre las líneas trazadas por su mano hubiera el artista egipcio labrado la piedra, el sarcófago habria sido una obra digna de los mejores tiempos de Atenas ó Corinto.

Al mirar estas galerías inmensas, estos aposentos y estas tumbas grandiosas de ricas piedras, talladas con el mayor esmero y arte en la antigüedad conocidos, no podia menos de decir en mi interior, lamentando las aberraciones humanas: «¡y todo esto para enterrar bueyes!»

Los egipcios adoraban como á dioses gran número de animales, y su locura los llevó hasta atribuir la divinidad á las legumbres de sus huertos. Eran capaces de sufrir la muerte antes que maltratar un codrilo, un ibis ó un gato. Pero el mas adorado de todos los animales era el buey Apis, que los griegos llamaban «epafus.» En honor de él se edificaron magníficos templos. Se le reverenciaba mucho durante su larga vida, y más todavía despues de su muerte. Cuando esta acontecia, el Egipto entero se cubria de duelo, y los funerales del dios eran celebrados con suntuosísimas pompas. Hechos al muer-

to los últimos honores, se le buscaba un reemplazo, y la especie cornuda era objeto de atento y minucioso exámen del uno al otro extremo del país.

Hé aquí las señales por las que se hacia reconocer el buey sagrado:
Una mancha blanca en forma de media luna sobre la frente.

La figura de una águila en el lomo.

Y la de un escarabajo en la lengua.

Encontrado el buey sucesor, el duelo concluía y estallaba el júbilo, que se manifestaba por medio de banquetes y fiestas públicas. El nuevo dios era conducido á Menfis, donde tomaba posesion de su alta dignidad en medio de las mas graves y solemnes ceremonias. Cuando Cambises volvió de su desgraciada expedicion de Etiopia, se encontró el Egipto lleno de alegría en celebracion del reciente encuentro del buey Apis; y creyendo ver el rey en esto un insulto á sus desastres, dió muerte con su propia mano al jóven buey en un trasporte de cólera. Este hecho causó grande indignacion en el pueblo, que no dejó de atribuir á venganza de Osiris las desventuras que aquejaron á Cambises mas tarde.

La raza cornuda no se ha visto en ningun tiempo ni en país ninguno tan honrada como en el antiguo Egipto. Tuvo entonces su edad de oro, y esa época podria representar en su historia el papel que representa para los hombres el paraíso perdido.

Entonces los bueyes, cuidados con esmero, disfrutaban de todas las atenciones debidas á séres divinos, y prosperaban felizmente gordos y lustrosos, sin inquietarse por el trabajo. Los hombres los servian y adoraban en vida, y los colocaban cuando llegaban á la muerte en magníficas sepulturas. Dichosa edad y tiempos aquellos en que los hombres se consideraban inferiores á las bestias!

Al encontrar no ha muchos años el sabio frances Mr. Mariette, gefe de la seccion de antigüedades en la corte de Ismail-Pachá, este monumento sepultado bajo montañas de arena, cuéntase que estaba animado de entusiasmo vivísimo, creyéndose descubridor de al-

gun soberbio palacio. Grande fué su sorpresa cuando, explorando el interior del subterráneo, halló una serie de cajas mortuorias que contenian otra serie de esqueletos cornudos. Al ver estos esqueletos, cuenta la fama que exclamó el sabio entre colérico y triste: «¡pobre humanidad; bien por la historia!»

Seguí todavía por algun tiempo vagando en aquellas catacumbas, que nada tienen que ver con las de Roma por lo ilustre y glorioso. Miré otros muchos sarcófagos, y llegué á contar hasta el número de veinticuatro. Ha de haber habido muchos cementerios para enterrar al buey sagrado, pues de seguro en este no se ha enterrado mas que un número respectivamente pequeño de cadáveres del dios con astas.

Mirando por ambos lados y visitando las cámaras sepulcrales, di una vuelta completa al subterráneo y llegué de nuevo á la puerta, por el extremo opuesto á aquel por donde habia entrado.

Grande placer recibieron mis pulmones al respirar el aire externo, en tanto que la lumbre del sol me parecia fresca, pues acababa de estar mi cuerpo como en una estufa.

Echamos á andar nuevamente por la arena. Ignoro cómo puede al guardian conocer los sitios por donde camina y al través de los cuales conduce al viajero. A mí me pareció el Desierto igual por todas partes. Me figuraba recorrer siempre un terreno mismo.

Llegamos á un lugar donde bajamos rápidamente, y en el fondo de aquel pozo encontramos unas grandiosas ruínas, que el guardian nos dijo ser las tumbas de «Ftah-Hotep,» y que á mí me parecieron ser pertenecientes á un templo.

Consérvase perfectamente el muro que limitaba por todas partes el edificio. En medio de la área comprendida por el muro, se levanta multitud de columnas angulares, monolitas, sin adorno de basamentos ni capiteles. La bóveda que cubria esta vasta construccion ha desaparecido bajo el peso de la arena que reposó sobre ella durante innumerables siglos.

La piedra de que está formado el monumento es calcárea. El or-

nato, simplemente trazado con profundas rayas, es muy semejante al de las tumbas del buey Apis. Los muros y las columnas, llenos de geroglíficos y bajorelieves, representan escenas de sacrificios. Los bajorelieves apenas levantados sobre la superficie de la piedra, solo mediante el tacto pueden ser por tales reconocidos. Las figuras están muy bien acabadas, muy buenos son los perfiles; y las formas humanas, aunque demasiado largas, no carecen de cierta expresión y cierta nobleza.

Allí se ven ánforas, sillas, barcas, utensilios de varias especies, y entre todo esto se encuentran muchas cosas iguales á las que usamos ahora. En materia de objetos destinados á la comodidad de la vida, poco adelantaron los griegos á los egipcios, poco los romanos á los griegos, y poco hemos adelantado nosotros á los romanos. En esta ocasión, como en otras semejantes, sentíme grandemente apesadumbrado de ser tan ignorante en materia de descifrar geroglíficos, pues debe de haberlos de grande interés en este sitio, en lo tocante á las costumbres del pueblo egipcio.

En un ángulo del templo hay una pintura que representa una mujer sentada, y es sumamente notable por su corrección. Al verla me sentí asombrado, pues tenía formada una idea muy desventajosa acerca del estado á que había llegado este arte entre los antiguos habitantes de este suelo.

Las romanas que he visto en Pompeya, no valen más que esta pintura egipcia, ni por el dibujo, ni por el colorido, ni por la sábia actitud de la figura. Los egipcios ignoraron las reglas de la perspectiva; pero también las ignoraron los griegos y los romanos, y nosotros no las hemos descubierto sino hasta hace tres siglos. Nuestras pinturas, hasta la época del Renacimiento, son inferiores á las romanas y las egipcias.

Los siglos que han trascurrido, y la arena que hasta hace poco había cegado el templo, no han podido empañar los vivos colores del cuadro. En mi entender, esta preciosa muestra del alto punto á que

llegó á elevarse el Egipto en la pintura, es una de las más notables curiosidades que encierran las ruinas del vasto imperio de los Faraones; porque las pinturas chillantes con que están embadurnadas las cajas mortuorias, y que todo el mundo conoce, no dan más que una falsa idea de lo que era este arte en ese pueblo. Seguramente los pintores que se dedicaban á embadurnar las cajas mortuorias, fueron los más atrasados y humildes, pues todavía entre nosotros hay buena diferencia entre el artista que pinta los cuadros que decoran los templos y los palacios, y el pintor de brocha gorda que da color á los cajones de muerto y á las puertas y ventanas.

Ha habido un bárbaro de no sé qué país, que ha ido á rayar sobre esta pintura que han respetado los siglos. Sacrilego que ha atentado á una de las obras más respetables de nuestros precursores en las ciencias y las artes! Tan cierto así es, que los vándalos son de todos los tiempos!

De aquí pasamos á visitar las ruinas de otro monumento por el estilo, aunque más pequeño, llamado tumba de «Ti.» Hay allí también columnas angulares, geroglíficos y curiosos bajorelieves; pero una vez visto el primer templo, nada ofrece de nuevo este segundo.

El sitio que ocupan las pirámides de Zakkarah, era la necrópolis de la antigua Menfis. La más alta pirámide se encuentra en el centro del lugar fúnebre. Esta pirámide, que tiene seis escalones, se cree trae su origen del tiempo de la primera dinastía de los reyes egipcios. A ser cierto, la pirámide en cuestión es el más antiguo monumento del mundo.

Los egipcios observaban la costumbre de establecer sus cementerios á respetable distancia de las ciudades. Y esto lo hacían, bien para dar mayor suntuosidad y majestad á sus edificios fúnebres, bien para evitar toda profanación de los cadáveres, que eran por ellos tan ciegamente respetados. Así se ve que Zakkarah era la necrópolis de Menfis, y Ghiza la de Heliópolis.

Las tumbas del buey Apis son de tal manera interesantes, que en

concepto de los sabios valen mas que las ruinas de Tébas y Luqsor del Alto Egipto. En efecto, me parece que dificilmente podrá encontrarse monumento mas bien conservado que este, ni mas grandioso. Estas tumbas, además, han venido á confirmar los relatos de la historia, y á dar una prueba plena al mundo de cuán grande puede ser el descarrío de la inteligencia por sí misma conducida.

Apenas terminada nuestra visita al templo de «Ti,» montamos Fortunato y yo nuevamente sobre nuestros asnos, y emprendimos el camino de Bader-Shen, para regresar al Cairo.

A las cinco llegamos á Bader-Shen. El tren debería pasar por allí á las seis, así es que teníamos una hora de espera. No sabiendo qué hacer, entramos en el miserable café griego donde en la mañana nos habíamos provisto de asnos, y allí tratamos de matar el tiempo en conversacion con el patron. Fortunato cometió segunda vez la imprudencia de hacer saber que yo era mexicano, y tuve necesidad de soportar la tenaz mirada del griego durante una media hora en que él y mi dragoman estuvieron hablando de mí con gran interes. Multitud de preguntas me fueron hechas, y á ellas contesté con mal humor, porque eran muy sandias é hijas de una profunda ignorancia.

Las seis; el tren no llega. Paciencia. Las siete. Hay que esperar todavía; el ferrocarril egipcio, aunque los conductores son ingleses, no tiene la exactitud inglesa. Cansado de esperar y fastidiado, me quedo dormido sobre mi asiento, y me despierto á las ocho. Acaba de llegar el tren y está dos horas en retardo. Es cosa que acontece diariamente. Pero al fin me alegro de su llegada, pues me hago la cuenta de que mas vale tarde que nunca.

Corro precipitado á la estacion, me instalo en un wagon y sueño con llegar á mi destino. Nos detenemos largo rato todavía, porque hay gran cantidad de asnos, bueyes y camellos que es preciso hacer entrar en los carros de carga. Por fin, silba el vapor y el movimiento comienza. Caminamos con la rapidez del relámpago. Pasa

un cuarto de hora y entonces me apercibo de que caminamos para atrás. Y es que el conductor, de buen humor sin duda aquella noche, se entregó á un juego de destreza haciendo avanzar y retroceder el tren rápidamente, á manera de un buen caballo dócil á la rienda.

A las nueve y media llegamos á la estacion del Cairo; pero la estacion se encuentra á una hora de la gran ciudad.

Bajo del tren, monto en borrico y camino en medio de las tinieblas. El burrero es un muchacho muy amable que trata de entablar conversacion conmigo, pero en vano, puesto que no lo entiendo. Lo único que me divierte en aquel viaje á ciegas y á deshora, es mirar de tiempo en tiempo levantarse en el horizonte, un cohete de luz azul ó rojiza, á cuyo resplandor distingo á lo lejos los minaretes del Cairo y puedo darme cuenta de la senda por donde camino. El burrero me dice señalando un cohete —«Fantasía.»

Comprendo; esto quiere decir que hay en el Cairo alguna diversion pública, pues por esa palabra que los egipcios han tomado del italiano, se designa toda especie de fiesta, juego ó pasatiempo. Un baile en Egipto es una «fantasía,» y el ginete que hace caracolear su caballo, se dice asimismo que se consagra á una «fantasía.»

Llego por fin á mi hotel rendido de fatiga y muerto de hambre, y me siento á la mesa. Eran las diez y media cuando comenzaba á comer. Béraud, el hostelero, vino á hablarme de chismes judiciales, y hasta del gusto de comer en paz me ví privado. Hay dias así en la vida, en que los hombres mas pacíficos viven como militares en campaña. Estas aventuras, molestas en el momento de sufrirse, sirven para dar mayor encanto á los dias. La agitacion y la fatiga son crueles, pero preservan de la ictericia.

Estas consideraciones me sirvieron aquella noche para llevar en paz mis vertiginosos contratiempos.